

## La familia de Pitou

Durante el viaje todo asustaba á Gilberto : el ruido de los carruajes que seguían ó dejaban atrás el suyo, los gemidos del viento en las secas ramas, se le figuraban una persecución organizada, ó gritos lanzados por aquellos á quienes había arrebatado el niño.

Sin embargo, nada le amenazaba. El postillón cumplió exactamente con su deber, y los dos caballos llegaron despidiendo humo á Dammartin á la hora fijada por Gilberto, esto es, antes que clareara el día.

Gilberto dió su medio luis, mudó de caballos y postillón y continuó su viaje.

Durante la primera parte del camino, el niño bien abrigado con la mantilla de lana, y garantido además por el mismo Gilberto, no sintió frío ni lanzó un solo grito. Así que despuntó el día, Gilberto se sintió más animado, y para cubrir los quejidos del niño que principiaba á llorar, entonó una de las interminables canciones que solía cantar en Taverney á la vuelta de sus cazatas.

El crujido del eje y de las sopandas, el ruido de todo el carruaje y los cascabeles de los caballos, le hacían un acompañamiento diabólico, cuya intensidad aumentó el mismo postillón mezclando al estribillo de

Gilberto las estrepitosas notas de una borbonesa un si es no es sediciosa.

Resultó de ahí que este último conductor no sospechó siquiera que Gilberto llevaba consigo un niño en el cabriolé. Paró sus caballos delante de Villers-Cotterets, recibió el precio convenido y la propina de un escudo de seis libras, y Gilberto cogiendo su carga cuidadosamente envuelta en la mantilla y entonando su canción con la mayor seriedad posible, se alejó de repente, saltó un foso y desapareció por una senda atestada de hojas que bajaba dando vueltas á la izquierda del camino, hacia la aldea de Haramont.

El tiempo había enfriado; hacía algunas horas que no nevaba, y se presentaba á la vista un terreno firme, erizado de matorrales cubiertos de espinos. Sobre ellos se destacaban, deshojados y mustios, los árboles de la selva por entre cuyas ramas se veía brillar el pálido azulado de un cielo todavía nebuloso.

El aire tan penetrante, los perfumes de las esencias de los robles, las perlas de hielo suspendidas de las puntas de las ramas, toda aquella libertad y poesía hirieron vivamente la imaginación del joven,

Se dirigió con paso rápido y firme por un pequeño ribazo sin tropezar ni equivocarse, porque se guiaba, en medio de los árboles, por el campanario del lugar y el humo azulado de las chimeneas que penetraba por entre la red que formaban las ramas. Al cabo de media hora corta, atravesó un arroyo cuyas orillas estaban cubiertas de hiedra y berros amarillos, y pidió en la primera cabaña á los hijos de un labrador que le condujesen á casa de Magdalena Pitou.

Mudos y atentos, sin mostrar ese aire atontado ni quedarse inmóviles como sucede á otros chicos del campo, levantáronse aquéllos, y mirando cara á cara al forastero, le condujeron cogidos ambos de la mano



hasta una cabaña bastante espaciosa y de muy buena apariencia, situada á orillas del arroyo que costeaba la mayor parte de las casas de la aldea.

Aquel arroyo traía sus aguas límpidas y un poco crecidas por los primeros deshielos de la nieve, y un puente de madera, es decir, un gran tablón unía el camino á los escalones de tierra que conducían á la casa.

Uno de los chicos que le servían de guías mostró con la cabeza á Gilberto que allí vivía Magdalena Pitou.

— ¿Allí? repitió Gilberto.

El chico bajó la cabeza sin articular una palabra.

— ¿Vive ahí Magdalena Pitou? volvió á preguntar Gilberto al chico.

Y como éste reiterase su muda afirmativa, Gilberto pasó el puentecillo y fué á empujar la puerta de la cabaña, mientras que los chicos, que habían vuelto á cogerse de la mano, miraban con grandes ojos lo que iba á hacer en casa de Magdalena aquel señor de casaca oscura y zapatos con hebillas.

Por lo demás, Gilberto no había percibido aun en la aldea más criaturas vivientes que aquellos chicos, de suerte que Haramont era efectivamente el desierto tan apetecido.

Así que se abrió la puerta, se presentó á los ojos de Gilberto un espectáculo lleno de encanto para todos en general, y para un aprendiz de filósofo en particular.

Una robusta aldeana estaba dando de mamar á un hermoso niño de algunos meses, mientras que, arrodillado delante de ella otro rollizo chico de cuatro á cinco años, recitaba en alta voz una plegaria.

En un rincón de la chimenea, junto á una ventana, ó más bien un agujero abierto en la pared y cerrado

con un vidrio, estaba hilando lino otra aldeana de treinta y cinco á treinta y seis años, con un torno á la derecha, un taburete de madera bajo sus pies, y sobre este un hermoso perro de aguas.

Al ver el perro á Gilberto, se puso á ladrar de un modo bastante hospitalario y cortés, nada más que lo necesario para acreditar su vigilancia. El niño que estaba rezando, se volvió interrumpiendo el *Padre Nuestro*, y las dos mujeres soltaron una especie de exclamación que expresaba sorpresa á la par que alegría.

Gilberto empezó por mostrar una sonrisa á la nodriza.

— Buenos días, señora Magdalena, dijo.

La aldeana dió un brinco.

— ¿Conque sabéis mi nombre? dijo.

— Ya lo veis, pero os ruego que no interrumpáis vuestra ocupación. Efectivamente, en vez de un niño que criar, vais á tener dos.

Y puso en la tosca cuna del niño del campo al niño de la ciudad que llevaba consigo.

— ¡Oh! ¡qué bonito es! dijo la aldeana del torno.

— Sí, hermana Angélica, es muy bonito, dijo Magdalena.

— ¿La señora es hermana vuestra? preguntó Gilberto designado á la hilandera.

— Mi hermana, sí, señor, contestó Magdalena, pues lo es de mi hombre.

— Sí, mi tía, mi tía Gélica; murmuró con una voz de bajo el rollizo chico que fué á mezclarse en la conversación sin que nadie lo llamara.

— Calla, angelito, calla, dijo la madre, y no interrumpas al señor.

— Lo que tengo que proponeros es muy sencillito, señora Magdalena. El niño que veis aquí es hijo de un



solono de mi amo... de un colono arruinado... y mi amo, que es padrino de ese niño, quiere que se críe en el campo y que llegue á ser un buen labrador... con buena salud y excelentes costumbres... ¿Queréis encargarnos de él?

— Pero, señor.....

— Ha nacido esta noche, y aun no ha mamado, dijo Gilberto interrumpiéndola. Por otra parte, este es el niño de que ha debido hablaros maese Niquet, escribano de Villers-Cotterets.

Magdalena cogió al instante al niño y le dió el pecho con una impetuosidad generosa, que enterneció profundamente á Gilberto.

— No me habían engañado, dijo: ya veo que sois una excelente mujer. Os confío, pues, este niño en nombre de mi amo; conozco que aquí será feliz, y quiero que traiga á esta cabaña la dicha en cambio de la que en ella encuentra. ¿Cuánto os daba al mes maese Niquet por criar sus hijos?

— Doce libras, señor; pero maese Niquet es rico y añadía de vez en cuando algunas libras para comprarles golosinas.

— Señora Magdalena, dijo Gilberto con orgullo, el niño que veis aquí os pagará 20 libras al mes, ó lo que es lo mismo 240 por año.

— ¡Jesús María! exclamó Magdalena. ¡Gracias, señor!

— He aquí el primer año, dijo Gilberto extendiendo sobre la mesa diez hermosos luses, que hicieron abrir tanto ojo á las dos mujeres, y hacia los cuales alargó su devastadora mano el angelito Pitou.

— ¿Pero y si el niño se muriese? objetó el ama de cría con timidez.

— Sería una gran desgracia, una desgracia que no

sucedará, dijo Gilberto. Ya está arreglado lo de los meses: ¿estáis contenta?

— ¡Oh! sí, señor.

— Entonces pasemos al pago de una pensión respecto de los demás años.

— Pues qué ¿se quedará con nosotros el niño?

— Probablemente.

— ¿En ese caso, señor, seremos nosotros sus padres? Gilberto se puso pálido.

— Sí, dijo con voz ahogada.

— ¿Conque este pobre niño estaba desamparado, señor?

Gilberto no esperaba aquella emoción ni aquellas preguntas; pero se repuso sin embargo.

— No os lo he dicho todo, añadió: su padre ha muerto de pena.

Las bondadosas mujeres juntaron las manos con expresión.

— ¿Y la madre? preguntó Angélica.

— ¡Oh! la madre... la madre... contestó Gilberto respirando con dificultad. Nacido ó por nacer, nunca debía contar con ella su hijo.

Aquí llegaban de su conversación, cuando llegó del campo Pitou, tranquilo y alegre. Por lo demás, era uno de esos hombres honrados y bonachones, rebotando dulzura y salud, como los que ha pintado Greuze en sus buenos cuadros.

Unas cuantas palabras le pusieron al corriente: además de que comprendía las cosas por amor propio, sobre todo las que no entendía.

Gilberto explicó que la pensión del niño debía pagarse hasta que fuese hombre y capaz de vivir por sí solo con el auxilio de su razón y sus brazos.

— Corriente, dijo Pitou, crea que llegaremos á querer á este niño, porque es muy bonito.



— ¡ También él ! dijeron Angélica y Magdalena : lo mismo hemos dicho nosotras.

— Venid, pues, conmigo á casa de maese Niquet, y depositaré allí el dinero necesario á fin de que estéis contentos y el niño pueda ser feliz.

— Ahora mismo, señor, respondió Pitou.

Y se levantó.

Entonces se despidió Gilberto de aquellas buenas mujeres y se acercó á la cuna, en la que ya habían colocado al recién nacido en detrimento del hijo de la casa.

Inclinóse sobre la cuna con aire sombrío, y se puso á mirar por primera vez el rostro de su hijo, notando que se parecía á Andrea.

Esto destrozó su corazón, viéndose obligado á clavarse las uñas en la carne para comprimir una lágrima que subía de aquel corazón herido á sus párpados.

Besó con timidez, y hasta temblando, la fresca mejilla del recién nacido, y retrocedió tambaleándose.

Pitou estaba ya en el umbral, con un palo en la mano y su anguarina á la espalda, que era el distintivo de nobleza.

Gilberto dió medio luis al robusto chico que andaba rodando entre sus piernas, y las dos mujeres le pidieron les concediese la honra de besarle con la interesante familiaridad propia del campo.

Tantas emociones abrumaron á aquel padre de diez y ocho años, que faltó poco para que sucumbiese. Pálido, atacado de los nervios, empezó á perder la cabeza, cuando dijo á Pitou :

— Marchemos.

— Cuando gustéis, señor, contestó el campesino abriendo la marcha.

Y efectivamente, se fueron.

De pronto se puso á gritar Magdalena desde el umbral :

— ¡ Señor ! señor !

— ¿ Qué hay ? dijo Gilberto.

— ¿ Cómo se llama ? ¿ cómo se llama ? ¿ Qué nombre queréis que le demos ?

— ¡ Gilberto ! contestó el joven con varonil orgullo.



## XXVII

### La partida

Pronto se arregló el negocio en casa del escribano, Gilberto depositó en su nombre una suma de 20,000 libras menos algunos cientos, destinada á sufragar los gastos de educación y mantenimiento del niño, y á proporcionarle también un establecimiento de labrador cuando llegase á ser hombre.

Gilberto arregló la educación y mantenimiento á razón de quinientas libras anuales por espacio de quince años, y decidió que el resto del dinero fuese para formarle una especie de dote, ó para comprarle un establecimiento agrícola ó tierras.

Después de pensar en el niño, Gilberto pensó en sus padres de cría, disponiendo que se les diesen 2,400 libras cuando aquél cumpliera diez y ocho años, hasta cuya época sólo debía suministrarles maese Niquet la suma anual de quinientas libras.

En cuanto al escribano, debía disfrutar los réditos del dinero en compensación de su trabajo.

Gilberto hizo que le dieran un recibo en regla Niquet del dinero y Pitou del niño, para lo cual comprobó el escribano la firma de Pitou respecto del niño, y Pitou la de Niquet respecto de la suma, de suerte que pudo marchar á eso de medio día, dejando á Niquet admirado de su prematura prudencia, y á Pitou fuera de sí de gozo por una fortuna tan rápida.

En los confines de la aldea de Haramont creyó Gilberto que se separaba del mundo entero. Para él nada tenía ya significación ni atractivo, pues acababa de divorciarse de la indolente vida del joven y de realizar una de esas acciones serias á que los hombres pueden llamar delito, y que Dios podía castigar severamente.....

Sin embargo, confiando en sus propias ideas y fuerzas, Gilberto tuvo valor para desprenderse de los brazos de maese Niquet que le había acompañado y cogido grande cariño, y le tentaba con mil seducciones.

Pero el espíritu es caprichoso, la naturaleza humana está sujeta á debilidades, y cuanto más fuerza de voluntad y recursos mentales tiene un hombre, tanto más pronto, lanzado en la ejecución de las empresas, mide la distancia que le separa ya de su primer paso. Entonces es cuando se alarma el hombre más animoso y dice como César : « ¿ Habré hecho bien en pasar el Rubicón ? »

Al verse solo en la linde del bosque, volvió otra vez la vista hacia las copas rojizas de los árboles que le ocultaban toda la aldea de Haramont excepto el campanario, y aquel cuadro encantador de ventura y tranquilidad le sumergió en una meditación llena de delicias y de pesar á la vez.

— ¡ Qué loco soy ! dijo en su interior. ¿ Adónde voy, si Dios desde lo alto del cielo no aparta de mi sus ojos enojados ? ¡ Cómo ! se me ocurre una idea ; una circunstancia ha favorecido la realización de esa idea ; un hombre suscitado por Dios para causar el daño que he hecho, ha consentido en reparar ese daño, y hoy me encuentro con un tesoro y mi hijo !... De modo que con 10,000 libras, pues las otras 10,000 son para el niño, puedo vivir aquí como un labrador dichoso, en medio de estos buenos aldeanos, en el seno de esta



naturaleza sublime y fecunda. Sí, puedo sepultarme para siempre en un estado de dulce felicidad, trabajar, meditar, olvidar el mundo y hacer que él me olvide á mí, y puedo criar yo mismo á ese niño gozando así de mi obra, lo cual sería una felicidad inmensa... ¿Y por qué no? ¿No es Dios quien me envía estas probabilidades de ser feliz? ¿No son una compensación de todo lo que he sufrido? ¡Oh! sí, puedo vivir de ese modo; puedo yo mismo criar este niño, ganando de ese modo el dinero que ha de darse á unos mercenarios: puedo confesar á maese Niquet que soy su padre, ¡lo puedo todo!

Y su corazón se fué llenando poco á poco de indecible alegría y de una esperanza que no había saboreado ni aun durante las alucinaciones más risueñas de sus sueños.

De súbito se despertó el gusano que dormitaba en el fondo de aquel hermoso fruto y asomó su repugnante cabeza: ese gusano era el remordimiento, la vergüenza, la desgracia.

— No puedo hacerlo, dijo Gilberto poniéndose pálido. He robado el hijo á esa mujer después de haberle robado el honor... He robado el dinero á ese hombre diciendo que era para reparar mi falta, de consiguiente no tengo el derecho de labrar con él mi felicidad, como no lo tengo para quedarme con el niño, puesto que otra persona no se quedará tampoco con él. Ese niño es de ambos ó de ninguno de los dos.

Y dichas esas palabras tan doloridas como una herida, Gilberto se levantó desesperado, y expresando en su cara las pasiones más sombrías y rencorosas.

— ¡Corriente! dijo, seré desgraciado, sufriré, careceré de todo; pero la parte que quería tomar en el bien la tomaré en el mal. De hoy más, mi patrimonio

es la venganza y la desgracia... Nada temas, Andrea, pues la compartiré fielmente contigo.

Se apartó á la derecha, y después de orientarse por medio de un momento de reflexión, penetró en los bosques, donde caminó todo el día, dirigiéndose hacia el camino de Normandía, que calculaba debía encontrar á los cuatro días de marcha.

Su caudal ascendía á nueve libras y algunos sueldos; su exterior era honrado, sus ademanes tranquilos y reposados, y con un libro debajo del brazo se parecía mucho á un estudiante [que regresa á la casa paterna.

Contrajo la costumbre de andar de noche por los caminos y dormir de día al sol en los prados. Solo dos veces le incomodó tanto la brisa, que tuvo que entrar en una cabaña, donde se durmió en una silla al pie de la lumbre, con tanta gana, que le sorprendió así la noche.

Siempre encontraba una disculpa que dar, pues decía que iba á Ruán á casa de un tío suyo, y había salido de Villers-Cotterets, andando el camino á pie por distraerse, como joven que era.

Los campesinos no manifestaban la menor sospecha, pues un libro daba entonces un aspecto respetable; pero si Gilberto veía revolotear la duda por algunas bocas maliciosas, hablaba de un seminario, donde le llevaba la vocación, y de este modo desbarataba toda sospecha.

Ocho días trascurrieron así, durante los cuales vivió Gilberto como un hombre del campo, gastando diez sueldos al día y andando diez leguas hasta que efectivamente llegó á Ruán, donde no necesitó ya orientarse ni buscar el camino.

El libro que llevaba consigo era un ejemplar de la *Nueva Elotsa*, lujosamente encuadernado, que Rous-



seau le regalara, escribiendo su nombre en la primera página.

Reducido Gilberto á cuatro libras y diez sueldos, rompió aquella página, que guardó con mucho cuidado, y vendió la obra á un librero por tres libras.

Sus zapatos hallábanse en estado poco decente para un almibarado joven que se ponía de día medias de seda para atravesar las poblaciones; pero también se le ocurrió una idea. Vendió sus medias de seda, ó más bien, las cambió por un par de zapatos, magníficos en cuanto á fuertes, pero en cuanto á elegantes, nada diremos.

Aquella noche la pasó en Harfleur gastando en el hospedaje y cena diez y seis sueldos, y allí comió ostras por la primera vez en su vida.

— Este es un manjar de gente rica, dijo para sí; pero lo come en este momento el hombre más pobre del mundo; tan cierto es que Dios no hace más que bien, mientras que los hombres han inventado el mal, según máxima de Rousseau.

Á las diez de la mañana del 13 de diciembre entró Gilberto en el Havre, y desde la primera ojeada divisó al *Adonis*, bonito brick de 300 toneladas, que se balanceaba en la rada.

El puerto estaba desierto, y Gilberto pasó á él por una tabla que servía de puente, no sin que le preguntase un grumete qué era lo que quería.

— ¿Dónde está el capitán? dijo Gilberto.

El grumete hizo seña en el entrepuente, y á poco gritó una voz desde abajo:

— Que baje.

Gilberto bajó, y le condujeron á una cámara construída con madera de caoba y amueblada con sobria sencillez.

Un hombre como de treinta años, pálido, nervioso y

de mirar inquieto, estaba leyendo una *Gaceta* en una mesa de caoba lo mismo que la tablazón.

— ¿Qué se os ofrece? dijo á Gilberto.

Este le hizo una seña para que alejase al grumete, y el muchacho se fué en efecto.

— ¿Sois el capitán del *Adonis*, caballero? dijo Gilberto al instante.

— Sí, señor.

— Entonces este papel es para vos.

Y alargó al capitán la esquila de Bálamo.

Apenas vió la letra, levantóse el capitán y dijo con precipitación á Gilberto, sonriéndose de un modo afable:

— ¡Ah! vos también... ¡Tan joven! bien! bien!

Gilberto se contentó con inclinarse.

— ¿Adónde vais? dijo el marino.

— Á América.

— ¿Y cuándo partís?

— Al mismo tiempo que vos.

— Pues entonces dentro de ocho días.

— ¿Y qué hago durante este tiempo, capitán?

— ¿Tenéis pasaporte?

— No.

— Entonces esta noche misma vais á volver á bordo, después que os hayais paseado todo el día por las afueras de la población, en Santa Andrea, por ejemplo. No habléis con nadie.

— Necesito comer, y no me queda ningún dinero.

— Vais á comer aquí, la noche cenaréis también.

— ¿Y después?

— Una vez embarcado, no volveréis á tierra; permaneceréis aquí oculto, y marcharéis sin haber vuelto á ver la luz del cielo. Cuando nos hallemos en alta mar, á veinte leguas de la costa, tendréis cuanta libertad queráis.



— Está bien.

— Por consiguiente despachad hoy todo lo que tengáis que hacer.

— Tengo que escribir una carta.

— Escribidla.

— ¡ Dónde ?.....

— En esta mesa... Ahí tenéis pluma, tinta y papel; el buzón del correo está en el arrabal y el grumete os acompañará.

— ¡ Gracias, capitán !

Así que Gilberto quedó solo, escribió una carta muy corta, y le puso este sobre :

« Á la señorita Andrea de Taverney, calle Coq-Herón, número 7, primera puerta cochera yendo de la calle Platriere,

» PARÍS. »

En seguida la guardó en el bolsillo, comió lo que el mismo capitán le sirvió, y siguió al grumete que le acompañó al correo donde echó la carta.

Gilberto pasó todo el día mirando al mar desde la escarpada costa.

Cuando llegó la noche volvió al buque donde el capitán, que estaba en acecho, lo hizo entrar.

## XXVIII

### Última despedida de Gilberto

Felipe había pasado una noche terrible, pues aquellas pisadas sobre la nieve le demostraban hasta la evidencia que alguno se había introducido en la casa para robar el niño; pero, ¿ á quién acusar, cuando ningún otro indicio precisaba sus sospechas ?

Felipe conocía tan bien á su padre, que no dudó fuese cómplice en aquel negocio, pues como el señor de Taverney creía á Luis XV padre de aquel niño, debía dar una grande importancia á aquel testimonio vivo de una infidelidad hecha á la Dubarry. El barón debía creer igualmente que tarde ó temprano recurriría Andrea al favor, y entonces rescataría muy caro el principal medio de su futura fortuna.

Estas reflexiones fundadas en la revelación reciente del carácter de su padre, consolaron un poco á Felipe, el cual creyó posible recobrar aquel niño, puesto que conocía á los raptos.

De consiguiente, á las ocho se puso á acechar la llegada del doctor Luis, á quien contó, paseándose con él en la misma calle, el espantoso acontecimiento ocurrido en la noche.

El doctor era hombre de buen consejo; examinó las pisadas del jardín, y después de un rato de reflexión, opinó que las sospechas de Felipe podían ser fundadas.

— El barón no me es bastante conocido, dijo, para